

VIVAT ACADEMIA

Palabras pronunciadas en el acto de presentación del libro *Quantus qualisque*,
homenaje ofrecido por colegas, discípulos y amigos.
Facultad de Filosofía y Letras
13 – V - 2016

Jesús Luque Moreno
Univ. de Granada

Me veo abrumado por tanta generosidad y por tanto afecto y a poco que me descuide me vais a ver también vosotros. Previendo que así iba a ser (no controlo bien mis emociones ni mis lágrimas), que difícilmente iban a salirme las palabras en esta intervención que me pidieron los organizadores, he escrito unas hojas que me sirvan de apoyo y de trinchera. Perdonadme, entonces, que lea; con todo, la lectura me permitirá decir más cosas en menos tiempo.

1. Hoy, para mí, es día de fiesta: hora de beber, hora de bailar, hora de ofrendas a los dioses, como dijo un día Horacio¹; día de fiesta, de celebración, de satisfacción y, sobre todo, de acción de gracias.

Podría ser día de nostalgia, de mirar atrás desde este final del camino, pero mejor que sea de gozo, de orgullo, incluso; orgullo no en el sentido del horaciano *exegi monumentum*² (yo no he conseguido terminar nada monumental), sino más bien en el paulino (2Tim 4,7) de *certamen certavi, cursum consummavi*: “he competido la competición; he consumado la carrera”³.

Una larga carrera universitaria de más de cincuenta años.

Vine a Granada por primera vez en septiembre de 1961 o 62; venía con mi título de Magisterio recién conseguido y con un nombramiento de Maestro Nacional interino para una escuela que ahora no recuerdo; venía a ver si ese año se iba a convocar o no el “examen de ingreso” por el que entonces los maestros con bachillerato superior podíamos acceder a los estudios universitarios.

[Mientras sí mientras no, me metí en el cine (en el Cine Olimpia) y vi “Los cañones de Navarone”. La vi y la escuché: seguro que os acordáis de la banda sonora de Dimitri Tiomkin]

Venía, eso sí, con una buena formación: la que había recibido primero en la escuela de mi pueblo de un buen maestro, Don Francisco de Miguel Muñoz, y luego en el Seminario Diocesano de Málaga, donde me dieron una formación muy por encima de la ordinaria en aquellos tiempos (formación no sólo religiosa y moral, sino también académica y, por si fuera poco, musical); Seminario donde, como a tantísimos otros, se me abrió la posibilidad de seguir estudios, que no tenía “de familia”. De modo que he aquí un primer tramo de mi gratitud.

¹ *Nunc est bibendum nunc pede libero || pulsanda tellus, nunc Saliaribus || ornare pulvinar deorum || tempus erat dapibus, sodales*, diría con Horacio (Hor., *carm.* I 37, 1 ss.). “Ahora hay que beber, ahora con pie libre hay que golpear la tierra, ahora iba siendo hora de adornar el sagrado lecho de los dioses con un banquete digno de los salios”.

² Hor., *carm.* III 30,1 *exegi monumentum aere perennius || regalique situ pyramidum altius*: “He llevado a término un monumento más perenne que el bronce y más alto que el real sitio de las pirámides”.

³ Recuérdese aquello del “curso” (*cursus*), del “currículo” (*curriculum*).

Se celebró el mencionado examen de ingreso y accedimos así varios maestros a los estudios de Filosofía y Letras. Conseguí para ello una beca del Ministerio, *conditio sine qua non*, al igual que el indispensable complemento de algún trabajillo, como el de las “clases particulares”. En mis dos años de “estudios comunes” en Granada fui alumno de Antonio Gallego Morel, de Emilio Orozco, de Juan Sánchez Montes, de Ángel Cabo (que a punto estuvo de llevarme al terreno de la Geografía), de José Manuel Pita Andrade –todos ellos ilustres catedráticos de esta Facultad– y de otra serie de profesores no menos ilustres, como Antonio Domínguez Ortiz, Carmina Villanueva, Jacinto Prieto o Lucas Martínez. Nuevo tramo, por tanto, de esta *gratiarum actio* que hoy tengo que hacer y quiero hacer.

El buen nivel adquirido aquí en Granada quedó de manifiesto en la Universidad Complutense de Madrid en los cuatro o cinco alumnos que, terminados los estudios comunes, pasamos allí a cursar la especialidad de Filología Clásica. En esa mi entrañable segunda universidad me formé como filólogo clásico de la mano, entre otros, de Manuel Fernández Galiano, de José Sánchez Lasso de la Vega, de Francisco Rodríguez Adrados, de Antonio García Bellido, de Santiago Montero Díaz, de Antonio Tovar, de Agustín García Calvo, de Antonio Ruiz de Elvira y, ya en doctorado, de Lisardo Rubio y del más joven de mis maestros, Juan Gil; y, por encima de todos, de mi inolvidable Sebastián Mariner, que guió mis primeros pasos en el terreno de la investigación.

[De nuevo aquí, en mi llegada a Madrid, un hito musical: la obertura de “La gazza ladra” de Rossini, a cargo, quiero recordar, de Rafael Frühbeck; era la primera vez que veía una orquesta sinfónica]

Fueron aquéllos los años de la bohemia: años de durísimo trabajo, de penuria económica (aun cuando la cuantía de la beca se había duplicado y el mercado de las clases particulares era en Madrid más vivo que en Granada), años de efervescencia política en un *campus* universitario devenido casi a diario campo de batalla con las tanquetas y caballos de los legendarios “grises”; pero años desbordantes de vida: de esplendor en la hierba, de vino y rosas, de plena floración y de catulianos⁴ soles incandescentes. ¿Cómo no recordar todo aquello y no añorarlo? ¿Cómo no agradecerlo?

Empecé de inmediato mi labor docente en la Universidad Complutense (ayudante/encargado de curso) y al mismo tiempo en el Instituto de Pozuelo de Alarcón; había ganado en el mismo verano (1968) las oposiciones a los dos cuerpos existentes entonces en la Enseñanza Media: el de Profesores Agregados y el de Catedráticos. La misma doble labor mantuve luego, a partir de 1969-70, durante varios cursos en el Instituto de Churriana de la Vega y en la Universidad de Granada, hasta que, una vez ganada (1973) la primera (y creo que única) oposición libre al recién creado cuerpo de Profesores Adjuntos Numerarios de Universidad, dejé el trabajo en la Enseñanza Media. Vino enseguida (1975) la oposición, libre también, al cuerpo de Profesores Agregados de Universidad, que por entonces era la entrada necesaria (una suerte de Purgatorio como antesala del Cielo) al de Catedráticos de Universidad.

[Aquí un hito sólo indirectamente musical: celebramos el triunfo Casilda y yo asistiendo al estreno en España de “Equus”, éxito reciente (1973) de Peter Shaffer, previo al inmediato “Amadeus” (1979). Había en Madrid una enorme expectación: se acercaba el final del general Franco y era, decían, la primera vez que se iba a exhibir en escena un desnudo femenino; desnudo que al final quedó en un recatado topless de M^a José Goyanes ante el psiquiatra José Luis López Vázquez]

Gané la plaza de la Universidad Complutense, pero tuve la suerte de poder quedarme en la de Granada y de no tener que levantar la casa (tenía entonces ya dos hijas

⁴

Catull. 8, 3 y 8 *Fulsere vere candidi mihi soles.*

granadinas); otro tanto ocurrió poco después cuando gané (1978) la Cátedra de la Universidad de Málaga, que, como malagueño, tanta ilusión me hacía.

De manera que, como ven, he podido vivir mi vida universitaria entera en estas mis dos universidades, la “Complu”, como hoy se dice, y la “UGR.es”. ¿No es esto motivo de gozo y de gratitud? Toda mi vida, podría decir, de un modo u otro, en el ámbito de la Academia; no tengo conciencia de haber vivido fuera de ella. No podría además desear algo mejor: *Extra Academiam vivere non est vivere*⁵.

2. Y, ¿qué he hecho en ese ámbito de la Academia? Estudiar y enseñar. Aunque he prestado también otros servicios: tuve desde el principio que hacerme cargo del centro de Churriana de la Vega, como una especie de factótum (director-jefe de estudios-administrador-bedel-limpiadora). En la Universidad he prestado también mis servicios como Director del Departamento de Filología Latina (casi veinte años: 76-94), como coordinador de los estudios del COU y responsable de las pruebas de Acceso (1975-2001), como miembro de la Comisión de reclamaciones, la llamada “comisión de sabios” (1984-1999). En los tres cargos hice lo que pude o supe: eran tres funciones, tres oficios que se movían en terrenos que, en mi opinión, eran, y siguen siendo, manifiestamente mejorables: la selección del profesorado, la selección del alumnado y la cuadratura del círculo que supone el decidir democráticamente las cuestiones científicas.

Tuve también con frecuencia que formar parte de tribunales y comisiones para el acceso a puestos de profesor. Me tocó en suerte, por ejemplo, presidir las últimas oposiciones de ámbito nacional al cuerpo de Catedráticos de Instituto. Fueron en 1983 y se celebraron en Madrid, en nuestra facultad de la Ciudad Universitaria.

[Aquí, ¿cómo no?, un nuevo hito en mi banda sonora, aún vivo en mis oídos: una exitosa comedia musical que se reponía en el Teatro Monumental (no daba para más la casi desierta cartelera veraniega), “El diluvio que viene”⁶]

Aquel ardiente verano del 83, inolvidable sin duda por el cambio de sentido que entonces sufrió mi vida (*octavum ... clauseram lustrum*⁷) al dar la vuelta a la *meta*⁸, ha sido para mí imborrable también por el largo e intenso trabajo de los cinco miembros de aquel tribunal valorando las repetidas pruebas teóricas, prácticas, didácticas, etc. entonces todavía en vigor. Cuando ahora veo a nuestros jóvenes que buscan un puesto en la enseñanza pública zozobrar en medio de inciertas aguas, sin un cauce bien marcado en el que competir a pecho descubierto, no puedo evitar pensar si aquel diluvio anunciado no tenía un sentido premonitorio.

Pero bueno; vamos a lo que vamos: lo mío en este mundo de la Academia ha sido, como decía, estudiar⁹ y enseñar¹⁰, las dos caras de una misma moneda; docencia e investigación no se pueden distinguir en este ámbito, por más que en ello se empeñe la actual burocracia. Estudiar y enseñar en un diálogo constante, una oportunidad diaria de relación “dialéctica”, con los alumnos: sin duda el mejor de los interlocutores (cuando es un verdadero alumno); el que se coloca ante uno con la actitud receptiva de lo que

⁵ “Vivir fuera de la Academia no es vivir”: era la sentencia favorita del teólogo luterano y poeta y músico e historiador Paul Roeber (1587-1651).

⁶ “Musical” italiano (*Aggiungi un posto a tavola*, 1974), cuyo guión se basaba en la novela *After me the Deluge* de David Forrest (1972).

⁷ Hor., *carm.* II 4,23 s.

⁸ Hor., *carm.* I 1,4 s. *metaque fervidis || evitata rotis*.

⁹ *Studeo*: “aplicarse a algo”, “poner celo en algo”, “apasionarse por algo”; *studiosus* es lo que hoy se dice “forfofo de”, “fans de”: “latinista”, “lingüista” son lo mismo que “socialista” o “madridista”.

¹⁰ *Docere* en su doble sentido de formar (*doceo pueros*) y de comunicar contenidos (*doceo grammaticam*); por recordar aquel celeberrimo *doceo pueros grammaticam*, con su dichosa conversión a la voz pasiva.

pueda uno darle. Una ocasión diaria de poder enseñar (“señalar”, “llamar la atención sobre”) a alguien en plena flor (*viridissimo ... flore*¹¹), como son los alumnos, sobre todo los universitarios.

¿Alguien da más? Difícilmente, cuando, además, lo que yo he estudiado y he enseñado ha sido latín. He tenido así entre manos nada más y nada menos que los fundamentos de nuestras lenguas, de nuestra historia, de nuestro presente, de nuestra Europa, de nuestra *Hispania*, de nuestra *Baetica*. Y, por si fuera poco, he abordado todo eso desde el ángulo de la gramática, de la gramática, sí, de la τέχνη γραμματική, del *ars grammatica*, es decir, de la “ciencia de las letras”, la piedra angular de toda τέχνη, de toda *ars*, de toda ciencia.

La ciencia que busca conocer a fondo el complejísimo sistema del lenguaje para emplearlo bien (*recte loquendi scientia*) a base de observar cómo otros lo han empleado (*poetarum enarratio*)¹²; conocer las palabras y las ideas que encarnan: el *verbum* y el λόγος; el principio de todo. Ciencia de las letras que abre la puerta a la retórica y a la dialéctica, es decir, a las ciencias del empleo eficaz del lenguaje (la Retórica) y del pensar como es debido (*verbum/λόγος*: la lógica) y comunicarse (*διαλέγειν*: la dialéctica) correctamente.

Ἐν ἀρχῇ ἦν ὁ λόγος, escribió San Juan al principio de su *Evangelio*¹³. *In principio erat verbum*, tradujo San Jerónimo; *In principio erat sermo* tradujeron, si mal no recuerdo, Tertuliano y San Agustín y Erasmo.

Ἐν ἀρχῇ ἦν ἡ φωνή, *In principio erat vox / sonus*, podríamos parafrasear nosotros: lo primero fue el sonido, la voz, el sonido de la voz.

En efecto, el estudio del sistema del lenguaje se imbrica inevitablemente con el estudio del sistema de la música, la τέχνη μουσική (las τέχναι μουσικάί, las “ciencias de las Musas”, de la mente). Música en la que se hace perceptible el ser de los números (ῥυθμός / ἀριθμός: *Aritmética*), que son, a su vez, la clave para comprender el mundo que nos rodea, la Tierra (*Geografía*) y el universo entero (*Astronomía, Cosmología*), el “macrocosmos”, y el alma humana, el “microcosmos” –que se rige por los mismos principios– y, en consecuencia, la sociedad, la πόλις, el estado (recuérdense, si no, la Πολιτεία de Platón o el *De re publica* de Cicerón).

Todo ello, además, con el único objetivo de alcanzar la verdadera sabiduría (la σοφία, la *sapientia*), es decir, de ser hombres en el más puro sentido del término; hombres libres; para “ser”, no para “tener”. Recuérdese, por ejemplo, el famosísimo *To Have or to Be*, escrito (1976) pocos años antes de su muerte por el psicoanalista freudiano y sociólogo marxista Erich Fromm: dos modos de existencia, dos formas de entenderse uno a sí mismo y al mundo¹⁴; dos concepciones que, como bien había

¹¹ Catull. 17,14.

¹² Quintiliano, *Institutio oratoria* I 4,2: *haec igitur professio, cum brevissime in duas partis dividatur, recte loquendi scientiam et poetarum enarrationem...*

¹³ Io. 1,1.

¹⁴ Pp. 20 s. (1997, New York. ed. Continuum) “1. By being or having I do not refer to certain separate qualities of a subject as illustrated in such statements as “I have a car” or “I am white” or “I am happy.” I refer to *two fundamental modes of existence*, to two different kinds of orientation toward self and the world, to two different kinds of character structure the respective predominance of which determines the totality of a person's thinking, feeling, and acting.

2. In the *having mode of existence* my relationship to the world is one of possessing and owning, one in which I want to make everybody and everything, including myself, my property.

3. In the *being mode of existence*, we must identify two forms of being. One is in contrast to *having*, as exemplified in the Du Marais statement, and means aliveness and authentic relatedness to the world. The other form of being is in contrast to *appearing* and refers to the true nature, the true reality, of a person or a thing in contrast to deceptive appearances as exemplified in the etymology of being (Benveniste).”

mostrado Émile Benveniste, del cual partía Fromm, dieciséis años antes¹⁵, estaban claramente definidas en latín y en griego y en indoeuropeo: εἶναι / ἔχειν, *esse / habere*, dos verbos de estado: el del que es y el del que tiene, lo esencial frente a las apariencias.

Se trata, pues, de “ser”, no de “tener”; ser hombres de verdad, ser hombres libres: estoy hablando, como veis, de las ciencias de la libertad (las τέχνηαι ἐλεύθεραι), las ciencias de los hombres libres (*artes liberales*), las ciencias que liberan, las ciencias libres. Las que no están al servicio de nada, las que no sirven, las que no son esclavas.

Ciencias que tienen que ser el eje de todo sistema educativo y que son la clave de la propia Academia, de la Universidad. Así ha sido siempre y así sigue siendo. Hoy, sin embargo, no lo parece; decir lo que estoy diciendo resulta escandaloso, herético; hoy que “se educa” (por así decirlo) para tener y parecer (figurar: los σχήματα¹⁶, las *figurae*¹⁷, el *habitus*¹⁸), que es lo que importa, no para ser (así nos luce el pelo).

En nuestro flamante *campus* de Cartuja se diría que la empresa municipal de transportes muestra metafóricamente cómo se ve hoy esto de “las letras”: la parada de autobús entre nuestra Facultad y la de Económicas no es la “Parada de Filosofía y Letras” sino la “Parada de Ciencias Económicas y Empresariales”. Bien, sea. Pero la parada previa, según se sube, a las puertas exclusivamente de nuestra Facultad, ya por el otro flanco, es la “Parada de Económicas y Empresariales nº 1”. ¿Dónde está “Filosofía y Letras”? ¿dónde esas letras que a través de la historia, de la geografía, de las artes, etc., llevan a la sabiduría?, ¿dónde las letras y la filosofía? ¿O es que no son ya ciencias? Hoy, en efecto, hablamos de “Ciencias” y “Letras” (“¡qué disparate, qué lastima que con lo que vale se vaya para letras”); “Ciencias” y “Letras”, como si esto de las “Letras” no fueran ciencias, sino algo lúdico, una vaga culturilla general, una ligera pátina de esa llamada “cultura” para adornar el ocio de desocupados. ¿No es esto lo que hoy se piensa? ¿No es ésta la idea que, a poco que nos descuidemos, puede infiltrarse inconscientemente incluso entre nosotros, los que, como estudiantes o como profesores, nos movemos en este campo de las Letras?; de las Letras y la Filosofía, no de las Humanidades, como hoy se dice, tal vez con un eufemismo vergonzante.

Pues no, sino todo lo contrario: lo primero es, tiene que ser, la τέχνη γραμματική, la Ciencia de las letras, las τέχνηαι μουσικαί, las ciencias de las Musas, de la mente, de la esencia del alma humana y del mundo entero, del κόσμος. Así se ha visto siempre desde la perspectiva del mundo clásico y de su herencia en la posterior historia de Occidente. Bien es verdad que la realidad de las cosas no se ha ajustado con frecuencia a estos ideales; pero lo cierto es que dichos principios e ideales han estado siempre y deben seguir presentes en todo sistema educativo, aunque sólo sea como una meta a alcanzar.

Se comprenderá así mejor mi gozo del día de hoy, mi infinita gratitud por haberme tocado en suerte una vida, una larga vida, entregada a estas tareas. Son éstas las disciplinas que he profesado; las cuestiones de que cada día me he ocupado en clase con mis alumnos; las cuestiones en torno a las cuales se aglutinó el grupo de investigadores que he tenido la fortuna de coordinar durante tantos años: un nutrido equipo de estudiosos que, salvo las excepciones de rigor, no tenían otro interés que el propio estudio; eran en todo caso antiguos alumnos que buscaban el grado de licenciado o de doctor; eran muchos de ellos ya profesores universitarios o de Enseñanza Media estudiosos vocacionalmente, *gratis et amore (ars gratia artis*, como en la Metro

¹⁵ “Être et ‘avoir’ dans leurs fonctions linguistiques”, *Bulletin de la Société de linguistique* 55 (1960) 113-134.

¹⁶ De la misma raíz que ἔχειν.

¹⁷ De la misma familia que “fingir” (*fingo, fictus*), “ficción” (*fictio*), etc.

¹⁸ Que, como es bien sabido, “no hace al monje”.

Goldwin Mayer): aún no existía, ni se lo esperaba, el moderno mercadeo de las “indexaciones” y los “índices de impacto”, de los “tramos”: los *tramites ad Parnasum*.

Mano a mano hemos laboreado en estos campos, en la linde entre la gramática y la música; una labor que ya en sí misma ha sido del todo gratificante; al margen incluso del valor práctico de los resultados, valor hoy menguado ante el inimaginable avance de la informática en las últimas décadas; una informática de la que, balbuciente entonces (introducimos los primeros datos por “tarjeta perforada”), fuimos los primeros en servirnos sistemáticamente en esta universidad.

3. Ésta, por tanto, ha sido mi vida y éste mi *modus vivendi*; porque, además, por todo ello me han pagado y he podido plantar algunos árboles y, sobre todo, como se dice en mi pueblo, criar cinco hijos que entre otras bendiciones (la de mis “hijos políticos”, por ejemplo, aquí presentes –no es política de familia–) me han dado la bíblica de “ver a los hijos de mis hijos”¹⁹.

He aquí, pues, la razón de mi gozo de hoy, de mi orgullo de hoy, de mi gratitud de hoy; de que, como empecé diciendo, sea hoy para mí mi “día de acción de gracias”; mi “Thanksgiving Day”, diría en el marco del actual pananglicismo.

Y, a propósito de este “Thanksgiving”, de esta *gratiarum actio*, permitidme un par de digresiones de corte lingüístico y filológico. Me arrastra a ellas la deformación profesional pero también el deseo de dejar claro ante propios y extraños nuestro oficio; perdonadme, por tanto, los técnicos especialistas.

3.1. “Thanksgiving Day” es una expresión documentada por primera vez en los EE. UU. en 1670; aunque “thanksgiving”, con el sentido específico, técnico, de “celebración pública de acción de gracias a Dios”, se documenta ya en 1630. Este “thanksgiving”, conocido desde 1530, es una palabra compuesta de “thanks” + “give”, términos que, dentro de la rama germánica, nos llevan al ámbito del indoeuropeo, a la misma familia lingüística a la que, a través del latín y las lenguas itálicas, pertenecemos nosotros.

“Thanksgiving”, por tanto, es en inglés, en germánico, lo mismo que *gratiarum actio* en itálico, en latín. Entre ambas expresiones, sin embargo, aunque indoeuropeas ambas, no hay lazos de consanguinidad; no provienen ambas, que yo sepa, de una anterior expresión indoeuropea. Su parentesco, aun así, parentesco político, parece innegable: “thanksgiving”, por múltiples razones, entre ellas el contexto bíblico en que se constata por primera vez, no parece otra cosa que una versión del latín *gratiarum actio*, la expresión con la que los romanos designaban un acto público concreto, un ritual específico de la liturgia civil.

Pasaríamos así del pananglicismo actual al panlatinismo que fundamenta toda la Europa y todo el mundo occidental.

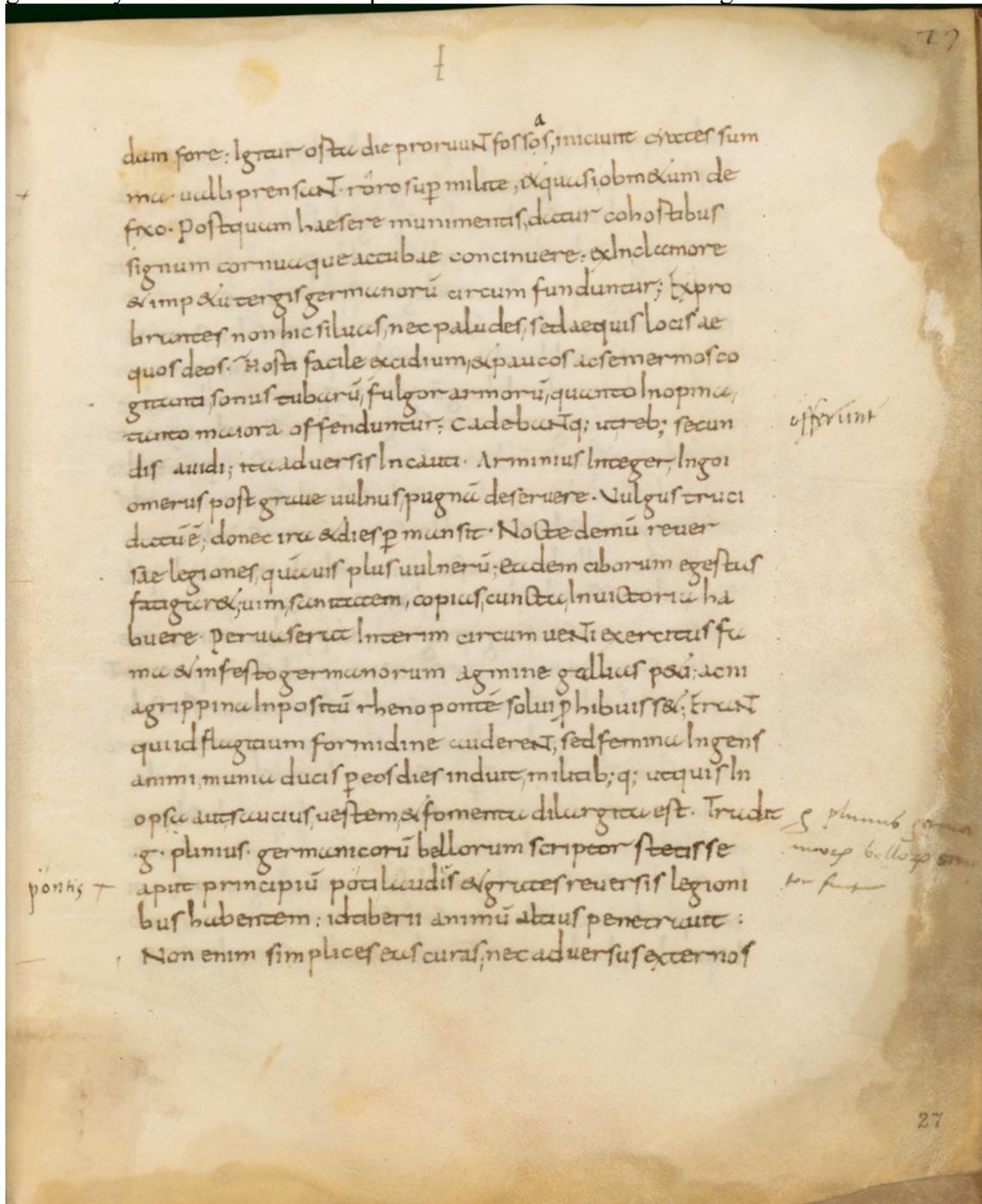
Es más, nosotros, incluso, somos claros deudos de dicho panlatinismo: lo somos por nuestro “gracias a Dios” o por nuestro “gracias”. Y lo somos por nuestro “acción de gracias”²⁰, heredado sin duda tal cual, directamente, al margen, se diría, del sistema. Nosotros, en efecto, decimos “dar (las) gracias”, con el verbo *dare*; no con el verbo *habere* o *agere*, como ocurría en latín. El verbo *agere*, de donde *agere gratias*, no ha pasado a las lenguas romances; sí el sustantivo verbal *actio*, “acción” o el participio *actus* “acto”. Nuestro “acción de gracias” es, por tanto, al igual que el “thanksgiving” inglés, un calco directo, una herencia directa de la *gratiarum actio* latina.

¹⁹ *et videas filios filiorum tuorum*: Ps.127,6.

²⁰ Sólo comparable a nuestro “acción de guerra”.

3.2. Y, tras esta nota de corte lingüístico, permitidme una segunda, filológica en su más amplio sentido; permitidme que me detenga un momento en una posible “acción de gracias” concreta, una *gratiarum actio*, que parece que tuvo lugar en Roma o, mejor, en la Germania romana, el año 15 de nuestra era, más o menos por estas fechas, en abril o mayo.

Todas las consideraciones que voy a hacer descansan sobre esa hoja, una foto de una página de un célebre manuscrito (lo mismo podría haberos dado una foto de una inscripción sobre una piedra, una moneda, etc.). Quisiera con ello mostrar no ya la vertiente lingüística de la cuestión sino también sus implicaciones literarias, historiográficas, políticas, sociológicas, etc.; filológicas, en una palabra, es decir, “gramaticales”. Tomad esto como una muestra de nuestro quehacer diario, de la grandeza y la miseria de nuestra profesión universitaria de filólogos latinos.



Se trata de un pasaje²¹ del capítulo 69 del libro primero de los *Annales* de Tácito (55-120 d.C.) dentro del relato de la expedición de Germánico contra los germanos (caps. 55-71), que constituye la parte de “asuntos exteriores” del año 15 d. C., a la que sigue, cerrando el libro (caps. 72-81), la de “asuntos del interior”.

Es un relato sin duda artísticamente admirable, pero difícil desde el punto de vista historiográfico: en buena medida, sobre el rigor informativo y la estricta objetividad en la presentación de los hechos y lugares priman la actitud literaria del autor y su personal visión política de la realidad romana del momento. A ello se añade la inexistencia de otras fuentes lo bastante explícitas como para contrastar y complementar los datos que aquí se ofrecen.

Para entenderlo hay que tener en cuenta los personajes que están detrás de la historia: el emperador Tiberio (14-37), sucesor de Augusto en cuanto que hijo de Livia, su esposa: hombre valioso en muchos sentidos, la conciencia de ser un advenedizo, de no ser de la familia, lo hizo inseguro y receloso; al menos es la imagen que Tácito ha transmitido²². Como una especie de antagonista en los *Annales* está Germánico, su sobrino, un joven militar exitoso. Y junto a él su esposa Agripina (la “primera”), nieta de Augusto, mujer atractiva, que lo acompañaba en sus expediciones, llevando consigo a los niños. Ambos tenían gran ascendiente entre los soldados. Relevante es también la figura de Elio Sejano, prefecto del Pretorio, que llegaría a tener gran ascendiente sobre Tiberio²³.

Pues bien, Germánico²⁴ el año 14 d. C., al parecer sin un plan preestablecido – improvisadamente, en respuesta al ardor de los soldados, que, arrepentidos de los desórdenes a que habían dado lugar (caps. 31 ss.), parecían querer redimirse combatiendo (caps. 44, 49, 51)–, emprende ya en otoño una campaña contra los germanos: deja parte del ejército, con Agripina y los niños, al lado de acá (margen izquierda) del Rin, tiende un puente sobre dicho río²⁵, pasa a la orilla germana un gran contingente de tropas, establece un campamento por donde el bosque de Cesia²⁶ y, mandando por delante a Cécina, saquea las aldeas de los Marsos. Los soldados, recuperada la confianza con la reciente hazaña y olvidados así de todo lo anterior, quedan estacionados en los cuarteles de invierno (caps. 49-51). Los capítulos 52-54 recogen la reacción de Tiberio ante lo sucedido y otras noticias de interés del año 14. Al año siguiente, 15 d. C., sin esperar al verano, nada más comenzar la primavera se lanza Germánico de nuevo al ataque, esta vez contra los Catos. Una acción (55-68) arriesgada, dura y sin éxito.

Y es ahora cuando (cap. 69), como culmen de toda la narración, introduce Tácito el capítulo que nos ocupa, destinado a presentar lo que simultáneamente (*interim*) a la anterior peripecia había sucedido en la base romana del lado de acá del Rin: habían llegado hasta allí noticias de los apuros en que se estaban viendo los soldados y se había extendido el rumor de que los germanos no sólo tenían cercadas a las tropas romanas sino que se dirigían hacia el Sur con intención de conquistar las Galias. Para impedirles

²¹ De él me ocupé no hace mucho: “Tácito, *Anales* I 69,2”, *RELat* 13 (2013) 11-49, trabajo de donde tomo estas notas.

²² Recuérdesse el *Tiberio, Historia de un resentimiento* de Gregorio Marañón.

²³ Personaje introducido con elegante neutralidad en 24,2: *simul praetorii praefectus Aelius Seianus, collega Straboni patri suo datus, magna apud Tiberium auctoritate, rector iuveni et ceteris periculorum praemiorumque ostentator*.

²⁴ Que moriría pronto, el año 19.

²⁵ Probablemente en las inmediaciones de *Castra Vetera*, cerca de la actual Xanten.

²⁶ Probablemente entre los ríos Lippe y Ruhr.

el paso, los soldados, presa del pánico, se disponían a destrozar el puente que habían construido sobre el Rin²⁷. Agripina, entonces, consiguió impedir lo que luego los hechos demostraron que hubiera sido un disparate; gracias, en efecto, a dicho puente pudieron al final las legiones regresar a la ribera romana.

Se hacía patente así la relevancia de la esposa de Germánico en el destacamento romano, cosa que venía una vez más a provocar los celos de Tiberio, celos que Sejano se encargaba torvamente de atizar.

Y de este modo culmina Tácito definitivamente el relato de la campaña militar de Germánico, dando, como de costumbre, la visión que desde Roma se tenía de lo que estaba sucediendo en el exterior.

Los hechos ocurrieron, como digo, el año 15. Los contó Tácito, el gran historiador C. Cornelio Tácito (55-120 d.C.), en torno al año 110, en época de Trajano; se basaba expresamente en los escritos de Gayo Plinio (Plinio El Viejo²⁸) sobre las guerras con Germania, escritos que no han llegado a nosotros.

Tampoco nos han llegado las primeras copias de la narración de Tácito, que tuvieron que difundirse en manuscritos sucesivos. La primera copia que conocemos es ese manuscrito que tenéis en las manos: un códice de época de Carlomagno († 814), que hoy se conserva en la biblioteca Laurentiana de Florencia, catalogado como *Codex Laurentianus Mediceus plut. 68.I*²⁹. Está escrito en minúscula carolina a mediados, o en la segunda mitad, del siglo IX, probablemente en el monasterio de Fulda³⁰. De allí habría sido transferido al cercano monasterio de Corvey³¹, donde permaneció hasta comienzos del siglo XVI. Entonces, a instancias del papa León X³², habría sido tomado en préstamo y llevado a Roma y cedido a Filippo Beroaldo³³, que lo usó como base de su edición, la *editio princeps*, publicada en 1515. Luego, sin embargo, el códice no volvió a Corvey, que en su lugar recibió un ejemplar de la edición de Beroaldo. Posteriormente pasó a la biblioteca Laurentiana de Florencia, donde aún permanece.

Es, como veis, un manuscrito de fácil lectura³⁴, en el que se observan correcciones tanto en el texto como en los márgenes, hechas por la misma mano y/o por otra posterior. Aun así, contiene errores imputables unas veces al propio escriba y otras al manuscrito que copió. La escritura *aput* en vez de *apud* sería índice de una pronunciación alemana.

Pues bien, con esa hoja tenéis sobre la mesa el problema del estudio del mundo antiguo y su transmisión a lo largo de la Edad Media, del Renacimiento, etc.: la historia de los textos, la codicología³⁵ y, junto a ella, la papirología, la epigrafía, etc. etc.

Se abre así la cuestión de la escritura, de su entidad y sentido: las letras (vocales y consonantes); la escritura alfabética, el grandioso paso dado por los griegos en la historia de la humanidad. Escritura, sin embargo, imperfecta, cuyos defectos trató de ir cubriendo una escritura prosódica, que, además de las vocales y las consonantes,

²⁷ ¿Os acordáis de “El puente sobre el río Kway”?

²⁸ El famoso científico (23-79 d.C.) que murió observando la erupción del Vesubio.

²⁹ También denominado “Mediceus primus” –M1–, frente al “Mediceus alter” –M2–, escrito en caracteres lombardos a mediados del siglo XI, en la abadía de Montecasino, que contiene los libros XI-XVI de los *Annales*, seguidos de las *Historiae*.

³⁰ Fundado por San Bonifacio en el año 744, a imagen del célebre benedictino de Monte Casino, fue en Alemania centro neurálgico en la religión, las ciencias y las artes. Rabano Mauro sería luego su abad.

³¹ Fundado en 815.

³² Giovanni de Medici, papa 1513-1521.

³³ Bologna 1453-1505.

³⁴ Cosa que da idea del esmero con que se hizo la copia.

³⁵ Leed el libro *Copistas y filólogos*, de L. D. Reynolds-N. G. Wilson; o “El nombre de la rosa” de U. Eco.

marcara las sílabas (largas/breves, tónicas/átonas), las palabras (espacios en blanco), las frases (puntos, comas, etc.: “signos de puntuación”). Las *notae*, signos ajenos a las *litterae* (acentos –agudo, grave, circunflejo– y neumas), germen de la posterior grafía de la música.

Y ligada a todo ello, la no menos importante cuestión de la lectura, teniendo siempre presente la oralidad de los textos literarios antiguos: lectura, por tanto, siempre en voz alta³⁶, en la que lo escrito era una especie de partitura –*litterae/notae*– que interpretaba y ejecutaba el “lector”, un antiguo oficio que no perdió categoría en el mundo cristiano³⁷: recordad la importancia del libro en la religión y en la liturgia cristiana.

Vienen así a colación los grafemas, el estudio de las grafías, la Paleografía.

Todo ello es necesario para tratar de entender, para empezar a captar el mensaje ahí depositado. Cualquiera de vosotros, aunque no sepa latín, puede intentarlo; leed las líneas finales, en las que me voy a detener:

*Tradit*³⁸

*g. plinius. germanicorū bellorum scriptor stetisse
aput principiū poti laudis³⁹ et grates reuersis legioni
bus habentem; idtiberii ...*

Quizá podráis leerlas, pero para empezar a entenderlas hay que saber latín:

Fonética y Fonología/Prosodia (los sonidos/fonemas que representan las letras –y los prosodemas, que en su mayor parte no se representan–; las sílabas-palabras-frases en que dichos sonidos se articulan.

Léxico y Morfología y Sintaxis: las unidades de sentido en que los fonemas se combinan.

Métrica, por la que veréis que es prosa y no verso.

Y, aun así, queda bastante para entender el mensaje: hay que saber también Poética y Retórica y Literatura para percibir el significado que conlleva el optar por una de las muchas posibilidades que ofrece el sistema (fonológico-léxico/morfológico-sintáctico) del lenguaje.

Los comentaristas y traductores suelen entender el pasaje así:

“Relata Gayo Plinio, el escritor de las guerras germánicas, que se apostó al principio del puente⁴⁰ teniendo palabras de alabanza y agradecimiento para con las legiones que volvían”⁴¹.

Con todo, el párrafo no deja de suscitar dudas. Destacaré algunos detalles:

Ya la primera palabra nos pone en situación: *tradit*, mejor “transmite” que “relata”. La *traditio*, que no es exactamente nuestra “tradición”; es casi un término técnico que mantiene aún su sentido primigenio: *trans* y *dare*, “transmitir”, el deber cívico de lo que hoy se llama “memoria histórica”; un deber sagrado: dar a la generación siguiente lo que uno ha recibido, darlo con lealtad e imparcialidad (Tac., *Ann. I 1 sine ira et studio* (sin ira y sin intereses ni simpatías); todo ello en la idea de que el fin primero de la historia es *docere*: la *historia magistra vitae*.

Es, por otra parte, significativo el que Tácito cite a Plinio (23-79 d.C.) y que, con probabilidad, lo haga literalmente: *laudes et grates habere*; es la única cita de este tipo en los seis primeros libros de los *Annales*.

³⁶ La lectura silenciosa vendrá mucho más tarde, con las universidades.

³⁷ Llegó a formar parte de las “órdenes menores” (ostiaro, lector, exorcista y acólito), previas a las “mayores” (subdiácono, diácono y presbítero).

³⁸ En el margen derecho (M^m): *g plinius germanicorum bellorum scriptor fuisse*.

³⁹ *Pōti laudīs (ponti laudes?) M^r/M^r*. En el margen izquierdo (M^m) *pōntis f.*

⁴⁰ Con toda probabilidad, según he dicho, el puente sobre el Rin que se acaba de mencionar.

⁴¹ Traduzco, por ahora, siguiendo la interpretación comúnmente aceptada.

Viene luego la cuestión del *principium po(n)ti* (¿dativo adnominal?) o *principium pontis*: cuestión a la vez, fonológica, paleográfica, morfo-sintáctica.

Viene asimismo la del *apud principium*, el significado de *principium* (“principio”, “origen absoluto de algo”) / *initium* (“entrada”), frente a *exitus* o *finis*. Su sentido de “lo primero”, “lo principal”: *principium, principia; principia (principium) castrorum* llamaban los romanos al puesto de mando en el campamento.

Y no menos importante es la de *laudes et gratias reversis legionibus habentem*: ¿por qué *grates* y no *gratias*?; la *laudatio* y la *gratiarum actio* como actos públicos, solemnes, hechos ante la asamblea o el senado.

Y el destinatario de dichas *laudes* y *gratias*: ¿*ponti*? Y el motivo por el que se alaba o da las gracias a alguien: *pro / propter / ob /* ablativo sin preposición (*legionibus*).

Reversis (participio de un verbo deponente), no *revertentibus*; pasado (“vueltas”), no presente (“volviendo”).

¿Qué dice, entonces, exactamente el manuscrito? ¿Dónde se hizo la acción de gracias? ¿A quién? ¿Por qué las gracias? La interpretación más extendida es, como acabo de decir, “que (Agripina) se apostó al principio del puente teniendo palabras de alabanza y de agradecimiento para con las legiones que volvían”. Cabe entender, sin embargo, “que se apostó al principio⁴², teniendo para con el puente palabras de alabanza y de agradecimiento por la vuelta de las legiones”. Y hay aún otra interpretación que, aunque tal vez demasiado atrevida, siempre me ha rondado en la cabeza: “que se apostó en el *principium* (en el puesto de mando), teniendo para con el puente palabras de alabanza y de agradecimiento por la vuelta de las legiones”.

Dichas palabras las habría pronunciado Agripina en la “cabecera”, en el “cogollo” del campamento, donde se hacían las asambleas (*contractos in principia*: 67,1), se daban las órdenes (*iussosque dicta cum silentio accipere: ibid.*), se pronunciaban las arengas (*temporis ac necessitatis monet ... memorat: ibid.*), y se celebraban las solemnidades castrenses; a donde Agripina solía acudir (*signa adeat*), donde pasaba revista a las tropas (*manipulos intervisat*). Allí, como mujer que había asumido las funciones de un general (*munia ducis ... induit*), como mujer que había socorrido generosamente a los soldados (*vestem et fomenta dilargita est ... largitionem temptet*), como mujer, en fin, con grandísimo ascendiente sobre la tropa, habría celebrado el regreso de dicha tropa con una solemne *laudatio* y *gratiarum actio*. Una acción de gracias y unas alabanzas que, además, ella habría centrado en el puente sobre el Rin, con lo cual se reafirmaba a sí misma haciéndoles ver a los soldados su acierto al impedir que lo cortaran. ¡El puente había sido la salvación!

Resultaría oportuna esta interpretación en todos los sentidos: el escándalo de Agripina dirigiéndose a las legiones es mucho mayor si dicha alocución se hace desde el puesto de mando del campamento que si tiene lugar a la entrada al puente. Así la relevancia que Tácito habría querido darle al suceso justificaría el recurso a la cita expresa de Plinio, algo, como he dicho, absolutamente raro en los *Anales*, sobre todo en esta primera hécada.

Dicha cita, a su vez, constituiría la piedra angular de todo el capítulo: de un lado, las palabras dirigidas al puente en esta parte central se corresponderían con lo expuesto en la primera parte: la hazaña por parte de Agripina de impedir que las legiones, aterrorizadas, cometieran la locura de cortar dicho puente. De otro lado, esta *laudatio* y *gratiarum actio*, llevadas a cabo en el puesto de mando (*principium*) con toda la solemnidad de la liturgia castrense, explicarían perfectamente cuanto se expone en la

⁴² “A la cabecera” (sc. del puente).

tercera parte del capítulo, lo cual, como ya he dicho, culmina todo el relato de la campaña germánica de Germánico: semejante osadía de Agripina venía a colmar sus atrevimientos y maniobras entre las tropas, algo que, junto a los éxitos de su esposo, tan hondo tenía Tiberio clavado en el corazón.

Pues bien, aun así esta interpretación, aparentemente tan justificada, tiene una dificultad nada pequeña: a pesar del paralelismo que se le pudiera reconocer con los *apud principia* que vemos, por ejemplo, en Sempronio Graco y Floro, a pesar de los lejanos precedentes que podrían representar sendos pasajes de Varrón y Manilio donde se habla del *principium* de la *urbs*, este *principium* de Tácito en un contexto castrense sería algo único (un *hápx*) en toda la latinidad antigua conocida.

¿Habría podido llegar hasta aquí la osadía lingüística de Tácito; su capacidad de hacer cualquier cosa antes que conformarse con la monotonía de la norma, de lo convencional?

Hasta San Jerónimo (*Vulg, VT, IV Rg 7,5-8*) no he encontrado un caso así:

Surrexerunt ergo vesperi, ut venirent ad castra Syriae. Cumque venissent ad principium castrorum Syriae, nullum ibidem reppererunt ... (8) igitur cum venissent leprosi illi ad principium castrorum, ingressi sunt unum tabernaculum, et comederunt et biberunt: tuleruntque inde argentum, et aurum, et vestes, et abierunt, et absconderunt: et rursus reversi sunt ad aliud tabernaculum, et inde similiter auferentes absconderunt.

He aquí, pues, nuestro quehacer diario de filólogos y latinistas: la miseria y las dificultades de nuestra labor, pero a la vez la gloria y esplendor de la Gramática, como principio y fundamento de las letras, de la historia, de la sociología, de la política. ¿Se puede acaso estudiar historia de Roma, escribir sobre historia de Roma a partir de la primera traducción que nos cae en las manos? ¿Se puede afirmar o negar algo sobre Tiberio, sobre Agripina, sobre la mujer romana sin el rigor de la gramática y las técnicas filológicas? Y lo mismo ocurre con la sociedad, con las mentalidades, con la religión, con las relaciones humanas. ¿Se puede dar un paso en cualquiera de esos campos sin un estudio directo de las fuentes documentales?

Y, en definitiva, ¿son menos rigurosas estas “letras” que las hoy llamadas “ciencias”?

Pues bien, este es nuestro oficio. Éste es el horizonte de nuestros estudios de filología latina, de filología clásica, de cualquier filología; ésta, la grandeza de la gramática.

4. Ahora bien, he de confesar que, si desde este horizonte grandioso miro hacia abajo, me siento un poco perdido: no termino de encontrar esas “letras”, esas “ciencias de las letras” en este flamante campus universitario de Cartuja; ¿dónde hay que bajarse del autobús?

¿Bastaría tal vez con mejorar la señalización del campus? Me temo que no: habría que mejorar antes la de los caminos que suben hasta este monte Parnaso. Y para mejorar esos tramos previos me temo que habría que replantear en general el mapa de carreteras.

4.1. Trato de garantizar que esta sensación mía no sea falsa, debida a mis maltrechas retinas o a la mala perspectiva desde la que observo la realidad, la de aquello de que “cualquiera tiempo pasado fue mejor”; la del *laudator temporis acti*⁴³.

⁴³

Hor., *ars*173.

4.2. Pero compruebo asimismo que esta decepción mía no es sólo mía; fácilmente constato que este mismo desfase que yo advierto entre los principios e ideales y la realidad parecen haberlo visto siempre los interesados en la cuestión, aquéllos a quienes más les dolía.

“¿Quién, en efecto, ignora que tanto la elocuencia como los demás saberes (*artes*) se han desentendido de aquella vieja gloria no por falta de hombres sino por la desidia de la juventud y por la negligencia de los padres y por la falta de ciencia de los preceptores y por el olvido de la antigua moral?”

Son palabras de Tácito⁴⁴, dichas más o menos por el tiempo en que escribía lo que se recoge en ese manuscrito.

Y un milenio después, es decir, más o menos en la época en que se escribió y difundió ese manuscrito, los estudiantes del Medievo se quejaban en tono festivo, en clave goliárdica⁴⁵, de la degeneración a que había llegado una enseñanza utilitarista y mercantil, apoyada y promovida por la corrupta estructura del poder, que entonces se personalizaba en la jerarquía de la Iglesia y del clero: empezaban, decían, a interesar más los saberes aplicados que la especulación teórica; aprender, por ejemplo, algo de leyes o de medicina tenía una rentabilidad más inmediata. Las ciencias de siempre, los verdaderos saberes, las “artes liberales”, camino y base para la verdadera sabiduría, para formar de verdad a un hombre “libre”, habían dejado de interesar en la sociedad en general y entre la población estudiantil, ahora, por lo demás, fuertemente crecida; muchos les daban de lado o las reducían a lo mínimo, con el agravante de que, una vez en posesión de ese mínimo, se consideraban capaces de enseñarlas y se buscaban la vida como maestros. He aquí una ingeniosa paráfrasis de las primeras estrofas, que se incluye en la edición española de la obra de Curtius⁴⁶:

“Antaño estudio cálido || es hoy fastidio gélido; || perdió el saber su auréola || y todo es chanza frívola. || Los niños y los párvulos || son de la astucia oráculos; || desdeñan los incómodos || de los severos métodos. || Ya no hay aquel escrúpulo || que hacía que un discípulo || siguiera, ya decrepito, || a los estudios súbdito. || De diez años los pícaros, || más libres que unos pájaros, || se juzgan catedráticos”.

Se diría entonces que este lamento por la “decadencia” de las ciencias liberales, las auténticas, es un tópico intemporal: siempre la misma cantilena, la misma queja de que los estudios no son lo que tenían que ser, de que no responden a los ideales; siempre la convicción de que esos males son síntoma de los de la sociedad; siempre, además, dicho lamento, en boca de quienes más implicados están en ese mundo académico.

He aquí a este propósito unas palabras pronunciadas, *mutatis mutandis*, desde esa misma perspectiva ayer mismo:

“desde (p. 65) hace por lo menos un siglo –o tal vez incluso dos– hay una tendencia creciente a pensar que la buena vida y la felicidad ... al alcance de los seres humanos son de naturaleza material⁴⁷. Éste es para mí el mayor error que pueden cometer los seres humanos... Esta tendencia al materialismo ... aleja a los seres humanos de las cosas espirituales. Sólo se presta atención a lo útil ... En semejantes condiciones los límites morales desaparecen ... (pp. 67 s.) todos los niños tienen derecho a aprender a calcular, a escribir y a leer. Y han de aprenderlo muy bien, de manera que les sirva para toda la vida. Pero este canon educativo también debería incluir –y con idéntica categoría– el arte [las “artes”, diría yo traduciéndolo a nuestro lenguaje], como de hecho ya sucedió durante la Edad Media en la educación monástica, o justamente allí donde el arte se enseñó como base de la educación. Actualmente la escuela sigue las

⁴⁴ *Dialogus de oratoribus*, 28.

⁴⁵ Cf. Gautier de Châtillon (ca. 1135- post 1184), uno de los grandes poetas latinos del siglo XII, en el undécimo de sus “Poemas satírico-morales” *Felix erat studium illa sub aetate; Carmina Burana*, 6: *Florebat olim studium*.

⁴⁶ E. R. Curtius, *Literatura europea y Edad Media latina*, México-Madrid-Buenos Aires, 1955, p. 143.

⁴⁷ De un principio así partía Fromm en su libro antes mencionado.

directrices que le marcan los políticos y ... cuando se han visto presionados a ahorrar ... el arte debe quedarse a la cola ... (hay otras cosas) más importantes para que los individuos posteriormente puedan enfrentarse con éxito a los problemas que les plantea la vida y el mundo del trabajo. Esto es un error fatal ... Curiosamente muchas personalidades del mundo de la química, de la física y la biología han reconocido que el arte no es un simple adorno de la vida ... La decisión política de ahorrar en la educación de las cualidades artísticas de los niños tiene consecuencias fatales ... (p. 204) un niño tiene derecho a determinadas cosas. Y sencillamente debe disponer de ellas para que llegue a convertirse en un hombre... Todos estamos de acuerdo en que los niños han de saber calcular, escribir y leer, ya que de otro modo no podrían sobrevivir en la sociedad. Pero el convencimiento de que este derecho incluye también el arte ha desaparecido de las escuelas... El hecho de que hoy en día los planes de estudio y los sistemas educativos hayan sido diseñados por personas que piensan en una dirección completamente falsa es una de las causas de mi profundo pesimismo. Creo que en este terreno se está creando un vacío que pronto, cuando hayan pasado dos o tres generaciones, ya no será percibido. Por lo tanto, cuando llegue ese momento, tampoco será posible llenarlo”

Así se expresó reiteradamente Nicolaus Harnoncourt, uno de los grandes músicos de las últimas décadas, fallecido hace poco⁴⁸.

¿Es, acaso, esto un manido lugar común? Creo que no, ni mucho menos. Más bien parece algo inherente a este tipo de estudios, que por naturaleza se mueven entre unas metas ideales y una realidad que se muestra perezosa en perseguirlas. En cualquier caso, tales quejas responden a la convicción de que dichos ideales existen y deben ser lo primero, la referencia a que debe orientarse todo sistema educativo y son una advertencia, una denuncia de que es necesario un cambio.

4.3. Voviendo al manuscrito: las cosas han cambiado de forma radical. Difícilmente podemos imaginar lo que fue ese códice en su día: su importancia como vehículo de unos saberes perseguidos con veneración, lo que costó encontrar el modelo de donde copiarlo, los penosos viajes a pie o a lomos de caballerías, entre nieves o calores sofocantes, el esmero con que fue escrito, el tiempo que llevó escribirlo, etc., etc. Yo, en cambio, os lo he puesto en las manos sin la menor dificultad; lo he conseguido sin tener que ir a Florencia, sin tener que levantarme de la mesa. Lo estamos viendo y casi tocando de verdad.

Aun así, su entidad y significado siguen siendo los mismos: ese manuscrito fue y es la base de Europa. A partir de él se hicieron nuevas copias; sobre él se basó la primera edición y las que vinieron luego; sobre él, en último término, renació la Antigüedad en una nueva Europa, que además se abrió a otros continentes; gracias a él pudieron realizarse luego los estudios de los humanistas, estudios heredados por la monumental filología moderna de los siglos XIX y XX y por la actual filología que en Europa, en América y todo el mundo prosigue hoy las tareas.

Y nosotros, con todos los adelantos, con todas las facilidades que tenemos a mano, seguimos siendo (debemos seguir siendo) los mismos filólogos, los mismos gramáticos; seguimos (debemos seguir) trabajando con los ojos puestos en la misma meta de la ciencia de las letras (la τέχνη γραμματική), de las ciencias de la mente, de las Musas (las τέχναι μουσικά), de las ciencias libres y liberadoras (las τέχναι ἐλεύθεραι, las *artes liberales*).

Y, en ese convencimiento, no puedo dejar de sentir la zozobra de que en nuestro sistema educativo y, más en concreto, en nuestra actual Universidad, que tanto ha mejorado en aspectos accidentales, circunstanciales, instrumentales, metodológicos,

⁴⁸ Cf. N. Harnoncourt (1929-2016), *Töne sind höhere Worte*, St.Pöhlten-Saltzburg, 2007 (*La música es más que las palabras*, trad. I. Arias, Madrid, 2010).

etc., no vaya a quedar lo esencial (lo científico, lo académico) perdido en medio de tan compleja maquinaria. A veces, en efecto, siente uno, siento yo al menos, el miedo de que la flor de lo estrictamente académico (la verdad científica, el estudio, la enseñanza, el aprendizaje) vaya a quedar, como el amor del poeta Catulo, mustia en un rincón del prado cuando ha pasado sobre ella no ya el arado sino una descomunal máquina cosechadora: *qui illius culpa cecidit velut prati || ultimi flos praetereunte postquam || tactus aratro est* (Catull. 11, 22 ss.).

5. Y termino ya esta especie de confesión general: he querido plasmar en estas hojas lo que siento al verme al final de mi larga carrera universitaria: y, en efecto, al volver los ojos hacia atrás: *cum repeto ... labitur ex oculis tunc quoque gutta meis* (Ov., *trist.* I 3,4), alguna lágrima viene a condimentar con una gota amarga la enorme satisfacción de la carrera corrida.

Una carrera que yo no podía ni imaginarme: “¿Quién iba a decirme a mí cuando salí de mi pueblo con diez u once años ...?”

Una carrera que, aunque en ella se vislumbra ya con más o menos nitidez la meta final, no puedo mirar más que con orgullo, con gozo y con gratitud.

[También en este final tengo como referencia una entrañable experiencia musical: la *Obertura Cubana* de George Gershwin, interpretada hace unos días con motivo de la inauguración del nuevo Paraninfo, insignia de nuestra futura universidad; interpretada por la Orquesta de la Universidad de Granada (uno de mis viejos sueños) de la mano de la Joven Orquesta Sinfónica de Granada (hoy ya una importante realidad que la sociedad granadina no valora aún como es debido). De director, mi querido Gabriel Delgado; de profesora de buena parte de la cuerda, mi Ana Luque; y entre los músicos un violonchelo y un violín que sobresalían por encima de todos los demás: el de mi Diego “Pérez” y el de mi Jesús Luque. Sé de alguien a quien le resbaló más de una lágrima]

Mi gratitud, por tanto, no tiene límites; alcanza a todos los que han hecho posible esta carrera, este *cursus* o *curriculum*: a mis maestros, a mis compañeros (sobre todo a los más cercanos, a los prójimos, que son a los que más lata he dado), a mis amigos, a mi familia, a mis padres, a Dios.

Gratitud inmensa asimismo a quienes han organizado este homenaje (a mis queridos Pedro, Marina, Carmen y Paco y Manolo) y a los que de un modo u otro han participado en él (entre los que no quiero dejar de mencionar a mi querido “Murciano” en la editorial universitaria, ni a mis queridas amigas de la Biblioteca, un organismo del que que debe sentirse orgullosa nuestra universidad: Eloisa, M^a Angustias, Margarita y Olga en la de Letras, y M^a José en la general).

Gracias a los que hoy habéis venido a acompañarme y a los que, queriendo haber venido, no han podido hacerlo o, con este ya endémico aislamiento de nuestra Granada, vienen heroicamente de camino, como mis queridas Ana Moure o M^a Luisa Arribas.

Gracias muy especiales a las autoridades que se han dignado presidir este acto: a la Directora de la Editorial de nuestra universidad, mi querida Maribel Cabrera, “discípula consorte”; a los Ilustrísimos Señores Director del Departamento de Filología Latina y Decano de la Facultad de Filosofía y Letras, mis amigos y colegas Manuel Molina y José Antonio Pérez Tapias; y a la Excelentísima Señora Rectora Magnífica de la Universidad de Granada, mi querida Pilar Aranda, de la que me confieso viejo admirador.

Gracias a todos por compartir mi gozo.

6. Sea como sea, con todos sus problemas o defectos, la Universidad vive y da vida, es *alma mater*. La universidad es la vida y tendrá vida siempre mientras sea tal Universidad. *Vivit Academia. Vivet Academia.*

“Gocemos, entonces”, de la vida y del espíritu que nos da la Universidad mientras nos tiene en su seno y que seguirá dándonos cuando hayamos salido de él; sólo “administrativamente”, se entiende, pues ese espíritu imprime carácter, es indeleble y alienta en cada uno de nosotros para siempre.

Vivat Academia!

Gaudeamus igitur!